

POEMAS CON UN CREPÚSCULO A CUESTAS

POR

PABLO ANTONIO CUADRA

EL MENDIGO

Pues su demonio sólo puede permanecer en los sitios donde la limosna es segura.

RIMBAUD.

*S*u mano era la última embajada de su miseria.
En su mano estaba su mirada
como una vertiente seca.
Estaba su corazón
como una ciudad destruída.
La había tendido a ti
como quien envía a su último hijo
al lejano país de la vergüenza.
Tú nunca comprenderás esa tormenta
que azota con su viento insufrible
la desolada comarca de su mano.
No comprenderás la aridez,
la indignada negación de la sangre
a regar la pequeña llanura de su imploración.
Por eso, a veces, una moneda penetra como un clavo.
Traspasa la delicada palidez de su esperanza.
La fija al árbol, a la cruz, ya para siempre.
Tú has crucificado la mano de ese hombre.
Debajo de tu moneda cae una gota de sangre.
¡Una gota de sangre!



EL PEREGRINO

VUELVES otra vez. Ya no hay lugar del viento
donde tu pecho no haya suspirado.
Huellas que los ángeles reconocen; vacíos
desesperados que en la noche
la sombra ocupa endureciendo su espanto.
Antes las golondrinas se refugiaban
donde tú habías dejado una sonrisa.
Floreció la luna

*donde estuvo tu beso feliz; Venus
en el lugar donde tu llanto.
Eran tus huellas. Otro mundo
que iba subiendo en estaciones
sin la espada violenta de la prisa,
lento y delicado como el alba y la rosa.
Ahora toda la oscuridad se te ha cerrado.
Golpeas en la noche como en la espalda
de un silencio inmovible.
Hombre: ¡qué duro alerta olvidó escuchar tu deseo
antes de comenzar! Se te niega el mundo.
Detrás de sus muros apagados
mueren sin cantores los ocasos fértiles.
Lunas, levantes de brisas vírgenes y barcos
hacia las islas taciturnas: todo está cerrado.
Lisa, impenetrable, dura
la noche pone su ventosa sobre el plano terrestre,
dejando tu soledad sorda. ¡Grita!
¡Grita!
Pero no hay posada.
Eres peregrino. Vas entre sangre
poniendo el pie, buscando donde esquivar
las heridas diseminadas, las bocas,
los helados gritos que reposan bajo la guerra.
El cordón de los astros castiga tu flanco.
Esta luz hiere el seno. Llaga el cilicio
vesperal. Toda sombra yace.
Tú prosigues.
Tú, peregrino
eterno andante no tendrás descanso aquí.
Esta vez el sol no cae con su cansada barba roja.
Ha sido detenido para la batalla
y la sombra de su espalda hercúlea aplasta
el movimiento de la noche,
el fino silencio de los aires maternos
donde reclina su tránsito la Paz.*

EL ANGEL

DE pie, con su estatura de recuerdo,
limpio, como agua erguida a contraluz,
el enamorado de la mendicidad
construye mi biografía.
Amo este ser incansable que me hiere a silencios.
Mas día y noche, como un perro macilento,
giro alrededor de mi paraíso
donde dejé mi nostalgia
ahora dulcemente mortal.
¡Si su espada, incandescente de memoria,
durmiera como mi sangre en sus noches!
Pero aquí estás
como álamo empecinado en tu exactitud,
poniendo tu ala lenta, casi fluvial,
sobre mi hombro,
sobre este lugar de carne deliberante y libertaria,
palpando si hay cruz,
si hay al menos un vago dolor cirineo,
y vuelves tu rostro,
tu faz poderosa, como una dalia con la fuerza
intolerable del roble,
como una estrella, con la ira amotinada y luminosa
del relámpago.



EL POETA MUERTO

Dies iræ, dies illa...

CUÁNTAS cosas suceden por la cólera de los
árboles,
por la rebelión iracunda de las piedras!
Veíamos pasar a los ángeles del polvo
llenos de cal, de tiempo sus cabellos.
Luego, en silencio, se reunía la materia.
Se convocaban los átomos,
las enfurecidas moléculas del mundo,

*las que miramos levitar su mansedumbre,
disminutivas,
en el recreo iluminado de los aires...
Yo miré después caer la tierra sobre su cuerpo
y la infinita sed del polvo
cobijando amorosamente su desnudez.
Descubrí sobre su rostro
los labios de la sombra
que se aprestaba a su mejilla como una madre
delirante.
Vi sus manos
cogidas por las futuras madresevas.
¡Sería inútil arrancarlo
de su poderosa posesión!
«Ven —le habían dicho—,
tu sudor doloroso no lo podemos soportar.
Demasiado gemido brota de tu canto.
Eres un hombre y dueles.»
Así se lo llevaron.
Así lo incorporaron a su cólera.
Le amaron hasta reducirlo a la substancia
iluminada y sutil de los rosales.
«Ven —le habían dicho—,
asimílate a la tierra,
congrégate a la esperanza de las cosas,
precipitaremos la consumación.
¡Derribaremos!
¡Cuántas cosas sucederán por la cólera de
los árboles
en el día de la ira!*

EL AMANTE

... Con las lágrimas, pues, en los ojos,
se inclinó a mirar al sepulcro.

S. JUAN (20.11)

ME veis llorando.

*He buscado los lienzos doblados que envolvían
mi pasión terrena*

*y un ángel de tiempo, sentado sobre la piedra
de nuevo dice: «No está aquí.»*

En tus pechos

—túmulos de mi reposo—

*he grabado a memoria y sed
mi nombre.*

Aquí yace. Aquí donde creía...

*Pero debo de estar llorando
cuando pregunto al Jardinero
en dónde coloqué mi corazón,
mi sangre,*

mi incesante muerte engañándose de vida.

*Porque busqué mi cuerpo en tu cuerpo
arrojado a la voracidad de los minutos*

*—gusanos en laborioso hervor merodeando en
el gozo,*

llenando de sepulcro la sonrisa,

concertando con el pecho su golpe de carroña—.

No. No está aquí.

*No busquéis al hombre en esta fatiga de
la tierra.*

*Pero me veis buscando. ¿Quién ha llevado
su cuerpo?*

*¡Oh! ¡Si me dijerais dónde fué colocada
mi esperanza!*

ORACION POR JOAQUIN PASOS

SEÑOR,
si es posible,
¡que no regrese más a conocer su ausencia!
Veo sus cosas ya insostenibles, deshabiéndose.
Lejanas cosas
coincidentes
caen junto a su fecha,
como ceniza de un fumador invisible.
¡Nadie sabe, Señor,
cuántas aves o estrellas interrumpen su destino
si un niño cesa
o si un poeta deja de murmurar su primavera!
He visto el azul casero del patio
elemental y contemplativo,
Su árbol, casi profesor,
recitando sus últimos rumores.
Y su mesa en la comunidad de la noche
donde la luna tendía su mantel para los ágapes...
Todo esto —Señor— es parte de su presencia.
Te rogamos, pues, que él ignore
lo que ha destruído.

Pablo Antonio Cuadra.
GRANADA (Nicaragua).

